

LA MEDICINA Y EL MITO DE LA INMORTALIDAD

Prof. Carlos Rojas Malpica

Dpto. de Salud Mental,

Facultad de Ciencias de la Salud

Universidad de Carabobo-Valencia

La vieja ley biológica de que todos los seres vivos nacen, crecen, se reproducen y mueren parece tener algunas excepciones. Más excepciones cuanto más se retrocede en la filogénesis. Los seres unicelulares y algunos pluricelulares vegetales y animales tienen la capacidad de reproducirse hasta el infinito si es que las condiciones de su medio ambiente físico-químico no les son adversas. Se reproducen por bipartición a partir de la célula original y siguen así sin que medie la muerte entre una generación y la otra. El secreto posiblemente esté en que no hay diferencia entre el individuo y su especie, pues soma y germen constituyen un todo indivisible que los hace *relativamente* *amortales*. Por tal razón debe admitirse entonces que la muerte no es una condición inmanente y necesaria para la vida. Las plantas con rizomas y los celentéreos (esponjas, hidras, medusas, corales, etc.) así como algunos invertebrados inferiores disfrutaban de esa *relativa* *amortalidad*. La muerte aparece y se hace más nítida cuanto mayor es la diferenciación del individuo con respecto a su especie, para lo cual por supuesto hay que avanzar mucho en la filogénesis y en ontogénesis. También hay que señalar que cuanto más diferenciado es el tejido, más vulnerable es a la muerte. Por ejemplo, el tejido nervioso. Los tejidos menos diferenciados, en cambio, toleran más el déficit de oxígeno y la adversidad físico-química. En el hombre el tejido conectivo representa la herencia filogenésica de esos organismos inferiores, mientras que el tejido nervioso representa su más reciente adquisición (Morín, 1974). Los tejidos humanos apenas conservan cierta capacidad de reparación y de regeneración, pero los anfibios llegan inclusive hasta la

organogénesis, es decir, que pueden reemplazar los órganos dañados o mutilados por alguna noxa exterior. Estos acontecimientos, que se suceden en la más profunda intimidad biológica, de alguna manera logran filtrarse hasta el comportamiento humano y su mundo de representaciones. Para estudiarlo, comencemos por la prehistoria.

LA MUERTE EN LA PREHISTORIA

Antes de construir viviendas el Hombre de Neandherthal construyó monumentos fúnebres. Posiblemente con ellos apareció la conciencia de la muerte en el ser humano. Las tumbas encontradas en las proximidades de lo que hoy es Bagdad datan de más de 60.000 años atrás. Los Neandherthales no eran unos brutos. Entre ellos se registra uno de los primeros actos piadosos de la humanidad: cubrían el cadáver con flores silvestres (de lo que dan cuenta los restos fósiles de jacinto, aciano, malva y zuzón encontrados en sus tumbas) y luego lo enterraban. Los paleontólogos han encontrado así la primera aproximación humana al misterio de la muerte. Para los primitivos Neandherthales, quizás, morir era dormir para siempre.

Dormir es además soñar. Durante el sueño, el alma ingravida se desprende del cuerpo del durmiente y puede vagar por el espacio, visitar lugares distantes, hablar con el alma de los antepasados ya fallecidos y reconstruir la escena del enfrentamiento con el mamuth descomunal, para luego retornar al cuerpo inerte del que duerme y así reincorporarlo a la vida. Esa debió ser la explicación que se dieron los Neandherthales para comprender el momento onírico. Con arreglo a tal interpretación, el alma es una especie de doble que habita el cuerpo del ser vivo, que sale y regresa en las noches, pero que se marcha definitivamente al morir. Para ese viaje definitivo son necesarias las flores, las armas y los alimentos con que se enterraba el perecedero cuerpo del difunto.

Desde ese instante evolutivo ninguna cultura o grupo humano abandona a sus muertos. Todas celebran un ritual o ceremonia para el que perece. Entre la concepción que se tenga del doble y de la forma que se disponga del cadáver se articulan una serie de representaciones míticas y religiosas de la muerte. El doble es un arquetipo universal. Lo encontramos en el EIDOLON griego, el KA egipcio, el GENIUS romano, el REPHAIM hebreo, el FEVOLI persa, el ALMA de los cristianos, el CUERPO ASTRAL de los espiritistas, el ANIMA de las creencias populares y en el GHOST de los sajones. El cadáver, por otra parte, es devuelto a alguno de los elementos originales, con arreglo a lo que *Bachelard* llama las Cuatro Patrias de la Muerte: Aire (exposición), Agua (inmersión), Tierra (entierro) y Fuego (cremación). (En *Morín*, 1974, p. 150).

El destino del doble suele ser la eternidad. Expresa una inadaptación del hombre a la muerte y al mismo tiempo le compensa en el orden simbólico su finitud. Los sistemas de creencias religiosas surgidos a partir de la estructuración social de las hordas y tribus primitivas reproducen en sus cosmogonías los modos de organización terrenal. Pero además sirven para proyectar al trasmundo opciones de una vida mejor, trastocando deseos terrenales en utopía celestial. Sirven también para regular la vida en la tierra: los pecadores no podrán acceder al reino prometido. De allí el poder del chamán-brujo-sacerdote-rey-jefe-cacique: su investidura divina le permite decidir a quienes les será permitida la eternidad.

Por otra parte, el pensamiento científico y el desarrollo histórico-social van conformando la idea de vencer la muerte aquí mismo en la tierra. De allí la esperanza puesta en la medicina en tanto que apuesta mayúscula del hombre contra la finitud y en la Organización Social como propuesta utópica de una vida sana prolongada. Todo parece indicar que el hombre no acepta su condición mortal y que por uno y otro camino busca la infinitud. A lo mejor esa lucha expresa un

anhelo inconsciente de volver a ese estadio de *relativa* *amortalidad* del que nos habla Morín. ¿Expresará también una chispa venida desde la eternidad?. No sabemos responder a tal pregunta y la dejaremos abierta como inquietante interrogación.

LA MEDICINA: DEL MITO DE LA CIENCIA

No en vano *Asclepios* es el médico mítico, dios padre de la medicina. Los griegos de la antigüedad le rendían culto en los Templos de *Asclepios* y a los Sacerdotes les llamaban *Asclepiades*. Cuenta la leyenda que *Asclepios* era hijo de Apolo y de una mortal llamada *Coronis*. Al momento de su nacimiento, *Zeus* fue informado que algún día intentaría destronarlo del Olimpo. Por tal razón lo separó de sus dominios y lo confió al *Centauro Quirón* para que lo educara. Este le enseñó el arte de curar las heridas y el uso de la droga, pero *Asclepios* extremó sus destrezas logrando resucitar algunos mortales: *Hipólito*, *Licurgo*, *Capeneus*, *Tyndaro* y *Glauco*. Tal poder, inaceptable para su abuelo *Zeus*, mereció la pena máxima: lo destruyó con su poderoso rayo en el sitio de Epidauro, donde los griegos le rendían culto.

A *Asclepios* se le representa con un caduceo en la mano que lleva dos serpientes enrolladas, símbolo de la vida eternamente renovada, símbolo también de vida y muerte, por aquello de que cada cambio de piel representa el fin y el inicio de una nueva vida. Se sabe además, que *Ascepios* fue llamado por *Atenea* para que recogiera la sangre que brotaba del cuerpo de la *Medusa* decapitada por *Perseo*. La presión de esta sangre le hacía al mismo tiempo adorable y temible, pues la que brotaba del costado derecho curaba y la del izquierdo, mataba. Sin embargo, los griegos de entonces, adoraban a *Asclepios* por sus tres virtudes fundamentales: *Sotero* (salvador), *Iatros* (sanador) y *Orto* (correcto) (Muñoz, 1993) (Flaum, 1993). Un curioso parecido con *Asclepios* presenta el Dios Maya *Xolotl*, Señor de la Magia y hermano gemelo de *Quezalcoatl*,

la mítica serpiente emplumada de los Aztecas, Dios del Cielo y del Sol, de los Vientos, de la Estrella de la Mañana y Benefactor de la Humanidad. Cuenta la leyenda que un grupo de guerreros, nacidos de un cuchillo de piedra parido a su vez por *Omecihuatl* y que ésta arrojara disgustada desde los cielos a la tierra, llegaron casi a exterminar los humanos y deseaban, por supuesto, reponerlos, para que les sirvieran de criados. Pensaban que vertiendo su sangre sobre algunos huesos o restos de cadáveres, los devolverían a la vida y repoblarían la tierra. Pero para ello tendrían que arrebatárles la carroña a *Mictlanteculi*, Dios Maya de la Muerte. Como ninguno de los guerreros se atrevía a entrar al reino de esta deidad, comisionaron a *Xolotl* quién apenas consiguió el permiso de *Mictlanteculi* se llevó los huesos en veloz carrera, tanta que cayó al suelo partiéndosele el hueso que llevaba en la mano y que a duras penas logró recoger; pues *Mictlanteculi* se arrepintió de haberles concedido el favor y le ordenaba devolver el hueso. *Xolotl* presentó los dos trozos de hueso a los guerreros y éstos derramaron su sangre sobre ambas piezas. A los pocos días, del trozo más grande salió un niño y del más pequeño una niña, a lo que los guerreros cuidaron con gran solicitud. Con sus descendientes, los guerreros hijos de *Omecihuatl* lograron repoblar la tierra y disponer de abundantes criados para su servicio. (Gifford, 1984).

Asclepios y *Xolotl* tienen en común haber vencido la muerte. Pero quizás tengan algo más, sólo que jamás podremos precisarlo. Podemos suponer que el culto a ambas deidades procede o deriva del culto al doble de alguno que en vida fue un poderoso sacerdote y que por sucesivas investiduras y reacomodos culturales el pueblo terminó elevándolo al umbral de sus altares. Cuando todavía no había una nítida división social del trabajo, este sujeto debió ser su chamán-brujosacerdote-rey-cacique que desde entonces contenía ya el germen de lo que posteriormente será reconocido como un MEDICO. El médico pues, es *Asclepios* resemantizado.

Y fue precisamente en Grecia, donde en los siglos V y IV antes de J. C., se desarrolló la llamada Escuela de Cos, que rompió con la concepción mágica o mítica de la enfermedad y propuso una fundamentación científico-natural para explicarla. Se reconoce en *Hipócrates* a su más alto representante, a quién se tiene por Padre de la Medicina. Al conjunto de textos de las más diversas materias que se estudiaron en la *Escuela de Cos* se les conoce como el *Corpus Hippocraticum*, aunque ciertamente sólo una pequeña parte fue obra del maestro (*Bruni Cel/J* 1993). Aunque allí se propone la primera concepción científico-natural de la enfermedad; Hipócrates, perteneciente al gremio de los *Asclepiades*, investía a los médicos de una autoridad sacerdotal, como bien se expresa en el JURAMENTO:

*Juro por Apolo médico y Asclepio e
Higieia y Panacea y todos los dioses y
diosas, haciéndoles testigos, y cumplir
acorde a mis capacidades y juro, estas
promesas.*

Comienza entonces la Medicina un largo transitar en su lucha contra la muerte. Observaciones, experimentos, reacomodos, reajustes ideológicos durante la Edad Media, descalabro religioso y nuevos reacomodos durante EL RENACIMIENTO y EL BARROCO, emblema de la confianza en la RAZON, el PROGRESO, la CIENCIA y la HISTORIA desde la Modernidad; abrazadera del hombre posreligioso de la contemporaneidad; en cada instante de su historia, la Medicina ha sabido sortear y remontar cada inconveniente de su tiempo. Su fuerza le viene del mito de inmortalidad que la nutre. Después de todo, lo que cambia es la envoltura racional del mito. El mito permanece incólume y sigue siendo fuente eterna de energía.
LA MUERTE EN LA CULTURA JUDEO-CRISTIANA.

La Cultura que sucedió a la griega fue la llamada grecolatina. Una especie de reacomodo trabajado por los hombres del Lacio y que dio sustento espiritual al Imperio Romano. Una

bella imagen de la actitud ante la muerte de un Emperador Romano nos la transmite *Marguerite Yourcenar* en sus *Memorias de Adriano*.

En el momento en que te escribo, sé exactamente qué estrellas pasan en Tibur sobre este techo ornado de estucos y pinturas preciosas, y cuáles están suspendidas, en otras tierras, sobre una tumba. Algunos años después, la muerte habría de convertirse en objeto de mi contemplación constante, pensamiento al cual dedicaría todas las fuerzas de mi espíritu que no estuvieran absorbidas por el Estado. Y quién dice muerte dice también el mundo misterioso al que acaso ingresamos por ella. Después de tantas reflexiones y de tantas experiencias quizás condenables, sigo ignorando lo que sucede detrás de esa negra colgadura. Pero la noche Siria representa mi parte consciente de la inmortalidad. (p. 125).

Y más adelante, cuando Adriano entra en la etapa final de su prolongada enfermedad, *Yourcenar* pone en sus memorias la reflexión siguiente:

Mi paciencia da sus frutos. Sufro menos y la vida se vuelve casi dulce. No me enoja ya con los médicos; sus tontos remedios me han condenado, pero nosotros tenemos la culpa de su presunción y su hipócrita pedantería: mentirían menos si no tuviéramos tanto miedo de morir.

Adriano, Emperador Romano sucesor de Trajano, vivió entre los años 76 a 138 de la Era Cristiana y gobernó el Imperio desde el año 117 hasta la fecha de su muerte. En la novela de *Yourcenar* se le describe como un gobernante progresista, tolerante y de fina sensibilidad estética. No fustigó a los judíos ni a los cristianos que en ese entonces apenas comenzaban a hacerse conocer. Sin embargo, la represión contra los cristianos no tardó mucho en presentarse. De hecho, la primera víctima fue precisamente el propio Jesús de Nazareth.

Una aproximación *antropológica* al sufrimiento el sufrimiento, la crucifixión y muerte de Jesús de Nazareth¹ nos mostraría a Nuestro Señor como un Héroe Prometéico que sacrifica su vida para bien y salvación de la humanidad. Para limpiar el pecado cometido por el hijo de Yaveth con la Madre Tierra era necesario sacrificar al Hijo de Dios en la Mortal Inmaculada, nacido por lo tanto, al igual que Adán, sin pecado original. Sólo Jesús reunía tales condiciones. Es por ello que el *Cordero de Dios* redime en su sacrificio, a todos los humanos, del pecado original cometido por Adán y Eva en el Edén. Obvio entonces que cualquier mortal no habría servido para resolver la misteriosa ecuación mítica.

La Iglesia Cristiana instituye además la eucaristía, un rito fundamental de la liturgia heredado a su vez del festival de la pascua judía. Mediante la eucaristía se reproduce el gesto de Cristo de ofrecer su cuerpo y su sangre a sus discípulos: Tomad y bebed... éste es mi cuerpo y ésta es mi sangre. Los estudios de Grinberg nos señalan el vínculo profundo entre las prácticas totémicas de las culturas arcaicas, y el ritual eucarístico. Por su intermedio, el comulgante se apropia y se sana, incorporando al Padre en su propio cuerpo. Por debajo del ritual, Grinberg observa una forma de canibalismo simbolizado, que al mismo tiempo que devora al padre, logra apropiarse de su poder y calmar los sentimientos de culpa relacionados con el parricidio original. De allí las siguientes frases de la liturgia católica: *Concédenos, Señor*

Todopoderoso, que de tal manera saciemos nuestra hambre y nuestra sed en estos sacramentos, que nos transformemos en lo que hemos recibido. Y es así mismo, como Pablo decía: Ahora no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. (Gálatas, 2: 20). En la sagrada comunión se realiza el verdadero fenómeno de la Asimilación, pero con una diferencia totalmente nueva: en la asimilación de los alimentos, son los alimentos los que se cambian en nuestro cuerpo, en la Sagrada Comunión, somos nosotros los que debemos cambiarnos en lo que comemos. (Román, 1995). Volveremos sobre este punto más adelante, cuando nos ocupemos del transplante de órganos en la medicina contemporánea.

En el año 313 de Jesucristo, Constantino le concede la libertad de culto a los cristianos. En el 392 se prohíbe el paganismo y en 529, Justiniano llama en un Edicto a castigar con la muerte a todo aquel que no sea cristiano (Morín, 1974, p. 233). A partir de allí se va a desarrollar una cultura que toma por paradigma el sufrimiento, la pasión y muerte de Jesús en la Cruz, los primeros cristianos rinden culto a los héroes que sufren el martirio de la cruz o que son arrojados a los leones de los circos romanos. El sufrimiento, la pobreza, el recogimiento y la abstinencia sexual son virtudes enaltecedoras y dignas de emular por la cristiandad del medioevo. La muerte pasa entonces a convertirse en la gran bienvenida, y mientras más dolorosa, mejor, pues mientras más se sufra, mayores méritos se habrán acumulado para aspirar al cielo y a la vida eterna.

La vida terrenal aborrecida por los primeros cristianos, sólo tiene sentido a través del sufrimiento y la muerte pues será ésta la vía, la excelsa vía, que conducirá a la luz eterna. Una luz que hoy llamaríamos mítica y que queda perfectamente descrita por el gran Florentino *Dante Alighieri* (1265-1321) en el Paraíso de su Divina Comedia.

*La Gloria de Aquel que todo mueve
penetra el universo y resplandece,
en partes más y en otras menos.*

*En la parte que más de su luz recibe
allí estuve y vi cosas que referir
ni puede, ni sabe
el que de allá arriba descende.*

*Porque aproximándose tanto a su deseo
nuestro entendimiento profundiza tanto
que la memoria no puede luego retor-
nar.*

(Paraíso, Canto I)

Esta luz que llamamos mítica no es sólo que ilumina el entendimiento y aturde la memoria, sino que simboliza el mayor grado posible de *aproximación al deseo* en el Paraíso de *Alighieri*. La similitud entre la vivencia del vate y la relatada por Pablo de Tarso no puede ser mayor:

*Fui arrebatado al paraíso,
y oí palabras indecibles
que no le es posible al hombre
pronunciar.*

(Epístola a los Corintios 12: 4-5)

Es también la misma *luz mítica* que podemos encontrar en esta estrofa de San Juan de la Cruz (1542-1519).

*Y es a veces, como si se le abriese
una clarísima puerta y por ella
viera una luz a manera de relámpago.*

Y que luego solicita *Goethe* (1749-1832) con desesperación en el inefable momento de su agonía: *!MEHR LICHT! !MEHR LICHT!*.

Sólo con esta devoción podemos entender aquella copla de San Juan: *Vivo sin vivir en mí/ y de tal manera espero/ Que*

muero porque no muero/, así como estos otros de Santa Teresa de Jesús (1515-1582): Venga ya la dulce muerte/ el morir venga ligero... y ... ven muerte tan escondida/ que no te sienta venir/ porque el ansia de morir/ no me torne a dar la vida.

Para los místicos cristianos la muerte no era entonces una desgracia a evitar con todas las fuerzas, sino que por el contrario, era la puerta de entrada a la vida eterna. Por eso no es de extrañar que los humanistas cristianos del renacimiento tuvieran más actitud favorable hacia la eutanasia, tal como la describe *Thomas Moro* (1477-1535) entre los habitantes de su Utopía:

Consuelan a los enfermos incurables, visitándolos con frecuencia, charlando con ellos, prestándoles en fin, toda clase de cuidados,.

Pero cuando a estos males se añaden sufrimientos atroces, entonces los magistrados se presentan al paciente pena exhortarle.....

..... los que se dejan convencer ponen fin a sus días, dejando de comer, o se les da un soporífero, muriendo sin darse cuenta de ello... (p. 162).

Esta actitud de *Moro* fue seguramente compartida por su gran amigo *Erasmus de Rotterdam* y por quién fuera médico de éste, *Philippus Tephroastus Bombasto de Hohenheim*, mejor conocido como **PARACELSO** (1493-1541), caracterizado por los historiadores como un viajero incansable, contestatario y rebelde frente a los conceptos médicos y religiosos de su momento. A *Paracelso* le debemos esta bella referencia:

*El grado supremo de la Medicina es el amor.
El amor es el guía al arte y fuera de él*

nadie puede ser llamado médico. Hablar y decir buenas palabras es oficio de la boca. Ayudar a ser útil es oficio del corazón. El médico procede de Dios, crece en el corazón y se perfecciona con la luz natural de la experiencia. En ningún sitio es el amor más grande que en el corazón de un médico.

Este ambiente humanístico del renacimiento duró relativamente poco. En el año de 1527 ocurre el SACCO de Roma, por medio del cual los mercenarios al servicio del Emperador Carlos V ocupa la Ciudad Sagrada, que en ese entonces era gobernada por el Papa Clemente VII. Todos los cimientos de la cristiandad, que era como decir el fundamento espiritual de la época, resultan conmovidos por el enfrentamiento. A partir de ese momento, según *Alejandro Oliveros*, comienza el Período Barroco y con él, una nueva actitud ante la muerte:

Para el hombre del barroco la muerte es, aparte de horrorosa, ininteligible. Su presencia hace la vida un absurdo, una manifestación más de la locura del mundo, una prueba incontestable de que anda el mundo al revés y sin enmienda. (Oliveros, 1992, p. 133).

La enfermedad, el sufrimiento y la muerte ya no son bienvenidos. La esperanza tiembla en la voz de Rabelais (1494-1553), monje benedictino y Profesor de Anatomía, cuando al momento postrero exclama: *Me voy a buscar un inquietante quizás.* Es necesario entonces un profundo reacomodo en la concepción cristiana de la vida. Inclusive, es necesario luchar por la vida y oponerse tenazmente a la muerte. La inadaptación a la muerte y el oculto deseo de inmortalidad deberán envolverse en un pensamiento que ya no

es de orden religioso. Las miradas se vuelcan ahora hacia la ciencia, que ya para el BARROCO conquistaba vastos territorios.

No ya con la de Cristo, sino con la sangre de otros humanos, los médicos del barroco intentaban transferir vida de un ser a otro. Tal nos lo refiere *Juan Riera* en su ensayo sobre Cirugía y Terapéutica del Barroco:

La primera inyección intravenosa se atribuye a Fabritius Schmidt. Luego Johan Daniel Major (1634-1693) publicó el escrito De Transfusi Sanguinis Historia (1676). Sin embargo, el primero en dar una descripción detallada de la transfusión parece haber sido Andreas Libarius (1546-1616) en su Appendix Necessaria (1615). (Riera, 1975).

Poco a poco se desatan los nudos que mantenían indisolublemente unidas ciencia y religión y en la misma medida en que se desandan, las ciencias naturales comienzan a tomar vigor y energía hasta convertirse en el NUEVO PARADIGMA.

Para los años de la Ilustración ya la CIENCIA es la nueva rectora de la organización social. Para *Rigoberto Lanz* (1993), una confianza inusitada en la CIENCIA, la RAZON, el PROGRESO y la HISTORIA, son los constituyentes fundamentales de la episteme fundante de la MODERNIDAD. En el fervor y entusiasmo de la Ilustración los médicos de entonces siguen trabajando en domeñar la luz mítica de *San Pablo*, *Dante Alighieri* y *San Juan de la Cruz*. *Luigi Galvani* (1737-1798), médico formado en la Universidad de Bologna y pionero en los estudios de electrofisiología, publica sus

hallazgos científicos en *De Viribus Electricitatis in Motu Musculario Cemmentarius* (1780) y en 1794 presenta un experimento mediante el cual provocaba una contracción muscular en una preparación anatómica de la pata del sapo a través de la estimulación eléctrica del nervio. Se ha referido una relación de colaboración y posterior conflicto entre *Luigi Galvani* y el físico de Como, *Alessandro Volta* (1745-1827), quien inventó la batería eléctrica y la demostró a Napoleón Bonaparte en 1801 (*Enciclopedia Británica*, 1973).

Traspasada por el pensamiento de *Galvani* y de *Volta*, pero también por el de *Erasmus Darwin* quien había reportado que un grupo de vermicelli convenientemente conservados en una cápsula de vidrio habían recobrado vida y movimiento por alguna razón extraordinaria; encontramos a *Mary Wollstonecraft Shelley* (1797-1815), inspirada autora de la archireferida y mal conocida novela *Frankenstein*, cuyos alcances deben examinarse mucho más allá de lo que hasta ahora nos ha mostrado el cinematógrafo. En efecto, *Shelley* se nutre de la atmósfera del positivismo científico de su momento, pero también de un profundo conocimiento de la mitología griega y de las inquietudes intelectuales de sus contemporáneos. Estuvo casada con el poeta lírico inglés *Percy Shelley* (1792-1822) y fue en un encuentro entre ambos con *Lord Byron* en Ginebra, donde concibió la hechura de *Frankenstein*. *Mary Shelley* también es autora de *The Mortal Immortal*, un cuento corto donde el héroe comienza por anunciar que hoy es el día de su trescientos treinta y tantos cumpleaños.

El título original de la novela de *Shelley* es *Frankenstein or The Modern Prometheus*. La autora inviste al científico FRANKENSTEIN de poderes prometeicos, pues éste, al igual que el héroe mítico, infunde vida a un ser que ha ido construyendo laboriosamente en la buhardilla de su laboratorio, a través de una energía eléctrica convenientemente almacenadas en unas bujías que ha preparado por ello. Prometeo, en efecto, no solo

roba el fuego a los dioses para entregarlo a los hombres, sino que también da vida a un muñeco de arcilla a través de la energía del rayo. El científico es Prometeo, pero también es Asclepios dándole vida a un muerto. Con Frankenstein, Shelley no solo recobra para la literatura la energía mítica de la luz que venimos refiriendo en este ensayo, sino que además se adelanta a los experimentos de cultivo de tejidos y de trasplante de órgano, que luego conocemos en este siglo XX que ya fenece.

Para finales del siglo XIX, la confianza en una vida futura que siga a la muerte, ha sido irremediablemente conmovida. En Así hablaba Zaratustra, Nietzsche nos dice:

*Hay predicadores de la muerte y llena
está la tierra de individuos a quienes
hay que predicar que desaparezcan
de la vida.....*

*Que los saquen de esta vida con el
señuelo de la eterna.*

Con la luz ya definitivamente transferida a las manos del hombre que se dice responsable entonces de su propia vida, el hombre poeta comienza a expresar el dolor de su progresivo apagamiento, tal como leemos en este verso de Cavafys:

Velas (1899)

*Los días del futuro se yerguen ante nosotros
como una hilera de velas encendidas
velas doradas, cálidas y vivaces.*

*Los días del pasado quedan atrás,
lúgubre hilera de velas apagadas,
humeantes aún las más cercanas,
velas frías, derretidas y dobladas.*

*No quiero verlas, me apena su aspecto
y me apena recordar su luz primera
miro adelante mis velas encendidas.*

*No quiero volverme por no ver y horrorizarme
cuan aprisa va alargándose la hilera sombría, cuan
aprisa van creciendo las velas apagadas.*

Para el Siglo XX el canibalismo primitivo ha cambiado definitivamente su envoltura. Ya no será necesario devorar al otro para tomar por asalto sus potencias. *Harrison* (1907), *Burrows* (1910) y *Carrel* (1913) desarrollan la técnica clásica de cultivo de tejidos, sembrando pequeños fragmentos de tejido que se multiplican indefinidamente si se mantienen en un medio convenientemente nutritivo y aséptico (*Costero*, 1975). Con ello, estaban logrando rescatar de la muerte y retornando a una relativa amortalidad algunos tejidos, devolviéndoles así una facultad perdida en la filogénesis. Aparece entonces la posibilidad de recuperar tejidos junto con la fantasía de regenerar órganos (organogénesis) fuera del organismo, tal y como pueden hacer los primitivos batracios. La ciencia devuelve al hombre lo que debió perder en la evolución filogenética. Por otra parte, en el Siglo XX comienza en forma el trasplante de órganos. La transfusión sanguínea se usa de rutina desde la guerra de 1914, *Joseph Murray* lleva a cabo el primer trasplante de riñón en el Brigham Hospital de Boston en 1954; *Kelly y Lillehey* extraen el páncreas, el duodeno y un riñón y lo implantan a una mujer gravemente enferma de diabetes en 1967; *Christian Barnard* transplanta un corazón en el Groote Schur Hospital de Ciudad de Cabo en 1967 y desde entonces todo género imaginable de trasplantes ha tenido lugar. El ritual caníbal ha cambiado de escenario desplazando la selva misteriosa por el aséptico quirófano. Pero todavía hay más: cuando no se puede reponer un órgano dañado con otro de origen natural, es posible sustituirlo con otro artificial. Ya existen y están en pleno uso la circulación extracorpórea, el corazón artificial, el riñón artificial, el

marcapaso cardíaco, la lentilla intraocular, la aorta de teflón, la prótesis de cadera, la válvula de cerdo, la prótesis auditiva, la malla intraperitoneal antiadherente, la bomba de pitocin y un sin número más de opciones que ofrecen la robótica, la telemática, la ingeniería genética, la ingeniería biónica, la inteligencia artificial etc., que en conjunto nos anuncian una nueva era: La Era del Hombre Virtual.

Realidad virtual y Transmortalidad.

Cuando se concluya el ambicioso proyecto del GENOMA HUMANO el hombre estará en capacidad de prevenir muchas enfermedades transmisibles hereditariamente. Será posible debilitar o anular la potencialidad morbígenas encerrada en nuestros cromosomas. El hombre será ingeniero de su propia herencia. Además de eliminar las taras genéticas potencialmente morbígena se podrán seleccionar aquellos caracteres que definen algunos rasgos físicos y psicológicos del individuo: color de la piel, estatura, complexión músculo-esquelética, inteligencia y actitudes temperamentales, por señalar algunas. El resultado podría ser un hombre nuevo con un debilitado instinto de muerte, si es que el resultado coincide con la intención de los investigadores. Un hombre muy longevo con una fortaleza innata contra la adversidad.

Pero hay, además, otras opciones que se suman a la del proyecto genético. Cada vez será más probable reemplazar un órgano enfermo por otro de laboratorio. Con un adecuado stock de tejidos, será posible cultivar y reponer todo lo que sea necesario reponer. Bastaría con tener la previsión de tomar muestras suficientes de cada segmento corporal para disponer de un clon biológico a la carta para cada ciudadano.

Por si todo fuera poco, también será posible por las técnicas de fertilización in vitro, reproducir no solo seres, sino también segmentos de seres, hojas embrionarias, y luego tejidos, que podrán ser convenientemente utilizados de acuerdo a las necesidades biológicas de la sociedad. Se podrán también

cultivar embriones en el vientre de animales convenientemente preparados y así evitarse las molestias de la fecundación y gestación humana in vivo.

Si es que suena mal eso de cultivar un embrión humano en el vientre de una vaca, piensen entonces en algo más suave y tolerable: cultivar tejidos humanos en el vientre de una vaca. Todo vale con tal de agregar años a la vida y frutos a la economía.

Así las cosas, los miserables 80 años de esperanza de vida al nacer de que disfrutamos ahora se podrán duplicar, triplicar y cuadruplicar a muy corto plazo. Cada falla biológica tendrá su reparación. Habrá más vida biológica por los sucesivos reemplazos tisulares a los que se podrá acceder.

¿Y la vida espiritual... o psíquica, para llamarla con una palabra más aséptica y por lo tanto menos sospechosa de ambigüedades? Los procedimientos de inteligencia artificial, hasta ahora embrionales, tienen la respuesta. Todos los procesos diagnósticos que operan en la racionalidad del médico ya han sido debidamente clonados por la computadora. Una computadora convenientemente programada puede proponer un diagnóstico, unos exámenes de gabinete y un tratamiento con un margen de error inferior al mejor de los médicos. El paciente puede interreactuar con ella, responder sus preguntas y referirle sus dolencias en la seguridad de que al final obtendrá una propuesta mucho más confiable que la humana. La *res cogitans* del médico ha sido clonada y superada con creces. Pero podría objetarse que la computadora apenas ofrece una posibilidad de relación que sólo puede discurrir entre los estrechos márgenes de la razón. Muy bien. La alternativa entonces será el Consultorio Virtual. Con apenas introducir una tarjeta de crédito el paciente tendrá acceso al Consultorio Virtual. Previamente deberá embutirse en el traje y el casco virtuales para ser atendido por un *Eidolon* del médico a quién podrá interrogar, tocar, escuchar,

ver, observar, oler, palpar y oír en la seguridad de ser igualmente respondido, palpado y atendido en el nuevo espacio de la virtualidad, pues sensores convenientemente repartidos en la superficie de contacto con el traje virtual informarán al *Eidolon* de variaciones de peso, temperatura, frecuencia cardíaca, pulso, respiración, reflejo psicogalvánico, motilidad intestinal, reacciones viscerales y vegetativas, rubor, aliento, concentración de oxígeno en el aire espirado, flujo sanguíneo en los genitales, sudor, etc., a todo lo cual sabrá responder adecuadamente. Será algo así como dialogar con una alucinación.

Pero no sólo podrá ser clonada la *res cogitans* del médico. También la del paciente. Por si acaso. No sabemos si con tanta longevidad, al espíritu le da por extinguirse y así como se reponen las vísceras, será bueno contar con una réplica eidólica del sujeto convenientemente conservada en un chip injertable por debajo del cuero cabelludo del transmortal. El clon virtual inteligente tiene la ventaja de que puede dejar descansando a la *res extensa* y proyectarse a otros espacios terrenales y extraterrenales, al igual que el inefable Emperador Magnon de las historietas de Mandrake. La luz mítica vuelve con fuerzas renovadas. Si se puede clonar a un sujeto, se podrá también clonar muchos sujetos, a la sociedad y a la misma historia.

Así podremos pasear por las ruinas de Epidauro, estrechar la mano de *Cervantes*, *Marx*, *Hitler* o *Lou Andrea Salomé*, según sean nuestras peculiares preferencias. Habrá entonces un nuevo espacio y una nueva historia virtuales a los que podremos acceder. Bastante tiempo tendrán los hombres para ello. ¿Hombres? Esa es otra pregunta interesante.

Este ser del que hablamos podrá sobrevivir a sucesivas muertes, pero no es propiamente un inmortal. Más bien un TRANSMORTAL, que no será abordable desde nuestra antropología. Un ser viviente de tanta longevidad acumulará experiencia y conocimientos que nos están negados a los

humanos mortales de ahora. La religión por ejemplo, podemos suponerla innecesaria al transmortal, pues una metafísica de la otra vida luce simplemente absurda. No habiendo instinto de muerte, tampoco será necesario el instinto sexual ni de reproducción, pues, ¿Qué función tendría el sexo y el amor si no se necesita reemplazo? Satisfechas todas las necesidades y abolidos todos los temores, quizás el transmortal se propondría morir o quizás revivir a los muertos. El clon virtual de los antepasados sería a lo mejor posible con apenas una filmación de cine o de video o de una simple fotografía y quizás hasta de un recuerdo. Lo propio del hombre, según *García Bacca* (1984) es la transfinitud. Desde los Neandherthales el hombre se ha salido de cada una de las zafaduras naturales que le imponen sus cinco sentidos. No hay que repetir lo del telescopio y de *Galileo* para comprobarlo. La última asignatura pendiente es la finitud de la vida y en ello trabaja afanosamente la ciencia desde la modernidad. Podríamos especular mucho más, pero lo fundamental ya está dicho. Sigamos ahora con la legitimidad del discurso.

Lo que hasta aquí llevo dicho tiene toda la tesitura de un Delirio. En otro momento podría ser tomado así, pero ahora se le puede conferir el beneficio de la verosimilitud. Parece un Delirio porque responde a un deseo mítico de inmortalidad inscrito en las células del hombre. Los deliremas son también mitologemas. Por algo Ramón Sarro afirma que el Homo Demens paradigmático vive en un Mundo Mítico. Y en nuestro caso, el discurso parece reproducir el tiempo mítico de CRONOS.

Al final, alguna opinión debe suscribirse. Suscribo la de *Jorge Luis Borges* cuando afirma que *peor que la muerte sería la inmortalidad*.

BIBLIOGRAFIA

Bruni Celli, Blas:

- 1993 *La Filosofía Griega en el Corpus Hippocratium*. En: Filosofía en la Medicina. Ediciones del Rectorado. Universidad de Carabobo. Valencia.

Cavafis, C.P.:

- 1985 *Poesía Completa*(Traducción de Pedro Bádenas de la Peña). Alianza Editorial, Madrid.

Costero, Isaac:

- 1975 *Anatomía Patológica* , En: Historia Universal de la Medicina. Toma VII. Lain Entralgo Pedro (De). Salvat Editores S.A. Barcelona, p. 153-164.

Enciclopedia Británica:

- 1973 *The Encyclopedia of Mythology*, Running Press/ Friedman Group Book, Philadelphia, Pennsylvania.

García Bacca, J.D.:

- 1984 *Transfinitud e Inmortalidad*. S/E Edición, Caracas.

Glifford, Douglas:

- 1984 *Guerreros, Dioses y Espíritus de la Mitología de América Central y Sudamérica*. Grupo Anaya S.A, Madrid.

Grinberg, León:

- S/F *Culpa y Depresión*, Editorial Paidós, Buenos Aires.

Lanz, Rigoberto:

- 1993 *El Discurso Posmoderno. Crítica de la Razón Escéptica*, Universidad Central de Venezuela, Caracas.

Morin, Edgar:

- 1974 *El Hombre y la Muerte*, Editorial Kairos, Barcelona, España.

Moro, Tomas:

- 1988 *UTOPIA*, Alianza Editorial (Traducción de la Edición de 1518), Madrid.

Nietzsche, Federico:

- 1941 *Así hablaba Zarathustra*, Editorial Tor, Buenos Aires.

Nuño, Juan:

- 1993 *Vida y muerte en el mundo antiguo*, En: Filosofía en la Medicina, Ediciones del Rectorado, Universidad de Carabobo, Valencia.

Oliveros, Alejandro:

- 1992 *La mirada del Desengaño*, Ediciones del Rectorado, Universidad de Carabobo, Valencia.

Piulachs, P.:

- 1975 *Cirugía General*, En: Historia Universal de la Medicina. Tomo VII, Lain Entralgo Pedro (De), Salvat Editores S.A, Barcelona, p. 330-351.

Riera, Juan:

1975 *Cirugía y Terapéutica del Barroco*, En: Historia Universal de la Medicina, Tomo VII, Lain Entralgo Pedro (De). Salvat Editores S.A. Barcelona, p. 357-365.

Roman Heraclio:

1995 *El amor en una fuerza poderosa*, En: El Carabobeño, 25 de junio de 1995, p. A-10, Valencia.

Shelley, Mary:

1980 *Frankenstein*, Oxford University Press, Oxford.

Yourcenar, Margarite:

1987 *Memorias de Adriano*, EDHASA, Barcelona.

RESUMEN

Partiendo de los seres unicelulares, que se reproducen por bipartición a partir de la célula original, sin que medie la muerte entre una generación y otra, el autor pasa a los seres individualizados, en los cuales la muerte se hace más nítida a mayor diferenciación individual. Recorre la historia del comportamiento humano frente a la muerte, desde el Hombre de Neanderthal hasta la clonación y la realidad virtual, mostrando que el hombre no acepta su condición mortal y busca la infinitud como, tal vez, anhelo inconsciente de volver al estudio de relativa amortalidad; y a través de la ciencia actual, procura llegar a la transmortalidad, manifestándose esto como un delirema, siendo los deliremas también mitologemas.

Palabras-claves: Muerte, clonación, delirema, mitologema.

ABSTRACT

Starting with unicellular creatures which reproduce by binary fission of the original cell, so that death does not intervene between one generation and another, the author goes on to individualized beings, in which with greater individual differentiation death becomes more definite. He reviews the history of human behaviors in relation to death, from Neanderthal man up to cloning and virtual reality, showing that man does not accept his mortal condition and seeks infinity, perhaps as an unconscious longing to return to relative deathlessness, and by means of contemporary science tries to arrive at "transmortality", which manifests as a delireum, the delireums being also mythologems.

Key-words: death, cloning, delireum, mythologem.